

No te doblegues ante tu enemigo; a tu contrario lo debes de tratar con la misma energía que él te tratara. Si te sientes débil, caerás en sus tupidas redes.

RENOVACION

AÑO XIV :: fundada por la Sociedad de Tipógrafos :: PUBLICACION SEMANAL :: Dirigida por un Consejo de redacción :: NUM. 542

El producto de la suscripción de este periódico, está destinado a favorecer a los tipógrafos sin trabajo.

Jaén 25 de Marzo de 1939

Todo por la clase y para la clase. Ayúdame y te ayudaré. No abandones la causa común. Defiéndela.

COMPAS DE ESPERA

LAS DEMOCRACIAS

Después de la pesadilla Reconocen el fracaso de Munich

Como quien despierta de una larga y penosa pesadilla, y no acierta por un buen rato a coordinar sus sensaciones ni a discernir cuáles de ellas son restos del ensueño, que parecen realidad, y cuáles son realidades, aun apenas entrevistas, como cosas de ensueño, así el alma española se halla estos días en actitud de ceñuda expectativa, presintiendo oscuramente la llegada de horas solemnes, cuyo curso determinará cuál haya de ser, por un largo periodo, la fisonomía de nuestra personalidad nacional.

La pesadilla ha durado tanto tiempo como ha sido posible sus- traer al conocimiento de los más —muchedumbres obreras y clases medias de todo matiz— la realidad de una situación creada o administrada por lo menos en clandestinidad odiosa. A encubrir esa realidad contribuían no poco las vehementes y estruendosas propagandas de los comunistas. Su cese radical es un sedante, a la vez que un motivo de inquietud. Parece que nos falta algo, que en el acopio de sensaciones se ha producido un hueco, como en la boca cuando nos dejamos en casa del dentista alguna muela cariada. «Y ahora, ¿qué?» Así preguntaba «Claridad» hace unos días. Es lo que se pregunta a toda hora mucha gente. Y ahora, ¿qué?

Para que al interrogante se nos pueda dar, en plazo no lejano, una respuesta concreta, y para que ésta pueda ser tan satisfactoria como cabe en las circunstancias a que hemos llegado, es condición esencial que le mantengamos abierto al Consejo Nacional de Defensa un crédito de confianza ilimitada. La necesita para sentirse fuerte en la tarea que ha emprendido. Pero el otorgamiento de esa confianza depende por mucho del propio Consejo, que cuenta con ella inicialmente, pero necesita renovarla, no dejando a la opinión extraviarse y embrutecerse con los bulos de cada día, a falta de información oficial

veraz sobre la actualidad palpitante y sangrante. Error máximo del Gobierno anterior fué el rehuir darle explicaciones al público sobre cuestiones de interés común. A ciegas, el pueblo no va a ninguna parte. Sabemos que se ha percatado bien de ello el Consejo Nacional de Defensa. No lo eche en olvido ni incurra, como su antecesor, en la actitud intolerable de mirar a la nación como un conglomerado de menores de edad.

El fracaso estrepitoso de Munich arrastra a dos Gobiernos. Chamberlain proclama que ninguna esperanza conserva de las acariciadas cuando regresaba de la entrevista con los dictadores. Es inútil que él no saque la inevitable conclusión, porque la saca el país. El Pacto de Munich no ha sido un episodio de la política de Chamberlain, sino la culminación de ella. No es momento de crisis política, sin embargo. Es precisamente

lo rotundo del fracaso lo que mantiene en Londres la situación conservadora, porque, a la vista de la guerra, no hay más cambio de Gobierno posible que la formación de un Gabinete nacional.

Daladier se ve arrastrado por el mismo huracán de desastre. Y en Francia la situación es más difícil, porque la política francesa resiste más a las soldaduras de partidos, incluso en momentos de tan grave dificultad. Mientras que se percibe como muy hacedera la solución de Gobierno nacional en la Gran Bretaña, a poco más que dure la presión, para Francia no se descubre facilidad pareja. La negativa de los socialistas a conceder los poderes extraordinarios presenta la doble complicación de ser acusación personal contra Daladier y de responder a un concepto sobre la flexibilidad del régimen republicano. No hace falta más, ni hacía falta tanto, para imaginar días políticos borrascosos, cuya borrasca se haga oír en medio del estruendo bélico desatado por Hitler.

El estado de la política interior inglesa y francesa debe contar entre los factores que han favorecido el último zarpazo totalitario. No es poco la seguridad de que en ambas potencias la nueva agresión produciría, por lo menos de momento, una situación de crisis política muy aprovechable para una maniobra en que la hora es unidad de tiempo considerable. Dar cohesión a la alarma y protesta que ha surgido requiere un reajuste político en Inglaterra y Francia. Esta lentitud relativa en la decisión es lo que los regímenes totalitarios—y, por lo visto, Daladier—reprochan al sistema democrático. Pero al argumentar de ese modo hacen consustancial lo que no lo es. El entorpecimiento de Inglaterra, y más de Francia, en estos instantes no es la democracia, sino las vacilaciones de conducta con lo necesariamente hostil.

ANHELOS DE PAZ

Con independencia y con honor

La oferta de paz dirigida por radio al Gobierno de hecho que rige en el campo enemigo interpreta un anhelo unánime del pueblo español, a este lado y al otro—estamos seguros—de las trincheras que nos separan. Grave impertinencia sería, dado que se nos consintiera, entrar en comentarios que pudieran cohartar en lo más mínimo la libertad de movimientos que necesita el Consejo Nacional para negociar las condiciones en que aquel anhelo puede verse satisfecho. Sobre ello, ni palabra. Los negociadores, por nuestra parte, están previamente investidos de la confianza plena y sin reservas del Ejército popular y de la retaguardia en masa de la zona republicana.

Ponerle unas apostillas a ese brindis de paz puede ser solamente para subrayar algo que es consustancial con el intento: la advertencia de que la oferta no puede significar, ni remotamente, un trámite formulario hacia la rendición sin condiciones. Nótele bien el enemigo, el que todavía debemos apellidar «enemigo», hasta que sus brazos se abran en gesto igual al de los nuestros. Note bien que nuestro ferviente anhelo de paz se ha referido en todo momento, desde que se pronunció esta palabra, a una paz honrosa entre españoles, a base de garantías de independencia respecto al exterior, y de fraterno apaciguamiento, sin rencores ni represalias, en lo interior. Así lo han proclamado rotundamente los hombres que presiden esta última etapa de nuestra lucha; y porque así la proclamaron, les acompaña la adhesión entusiasta de toda España republicana. Gravísimo error sería, en el campo adverso, computar este anhelo de paz como una actitud de agotamiento de la capacidad combativa, como una manifestación de estar dispuestos a todo por la paz. «A todo», no. Antes que una rendición indigna, la lucha a muerte.

Leed RENOVACION

DOMADORES FRÁCASADOS

ENTRE DOS FIERAS A CUAL PEOR

En reiteradas ocasiones hemos dicho que los reproches más acerbos que pudiéramos hacer a la política Internacional de las potencias democráticas no serían los que formulásemos en nuestra calidad de españoles, tratados injustamente, sino los que nos inspirase nuestra condición de europeos o, más ampliamente, de miembros de una Humanidad que se titula civilizada. Y aún más severa habría de ser nuestra condenación de esa política si nos imaginásemos ser ciudadanos de las aludidas democracias y nos viésemos arrastrados hacia una catástrofe en la que las principales víctimas—como quienes más tienen que perder—serán fatalmente las naciones que, pudiendo cuando era tiempo, no quisieron evitar los primeros avances del monstruo apocalíptico que ahora amenaza devorarnos a todos.

Sería inútil insistir sobre los agravios que España republicana ha recibido de Londres y París. Son heridas sangrantes, que no podrán cicatrizarse en mucho tiempo, y nada adelantariamos ya con enconarlas. Silenciamos, pues, toda recriminación por propia cuenta, y limitémonos a oír las que dirigen al Gobierno británico voces no sospechosas de sistemática hostilidad o apasionado resentimiento.

«La política de Chamberlain se ha derrumbado», dice un líder laborista en los Comunes, y pide que se vaya el primer ministro y se enmiende su política exterior. «La política de Chamberlain es desastrosa», dice el líder liberal, quien acusó al «premier» de haber engañado deliberadamente a la opinión. «Por este camino vamos hacia la anarquía y la tragedia universal», dice Eden. «Después de la destrucción de Checoslovaquia—dice lord Cecil—, ya nada puede impedir que Europa se hunda en la anarquía internacional, por el dominio del mundo por el eje Roma-Berlín.» Toda la Prensa británica, desde el órgano laborista «Daily Herald» hasta el ministerial y reaccionario «Times», vibra de indignación ante el final degüello de Checoslovaquia, y pide, con clamor unánime, que se active el rearme, siendo inevitable y muy próxima la universal conflagración. La Prensa francesa se expresa, poco más o menos, en igual tono.

¿Cómo reaccionan ante todo eso los gobernantes responsables? ¡Ah! Mister Chamberlain se ha limitado casi, a un desdeñoso alzamiento

de hombros. Sigue fiel a su enigmático plan, sin dar importancia a la bárbara avalancha nazi, como si estuviera muy seguro de que al final no será Inglaterra quien sufra las consecuencias. Menos cauto o menos seguro que el de la impunidad—, monsieur Bonnet deja escapar algunos tópicos que reflejan luminosamente el estado mental dominante en el Quai d'Orsay y en Downing Street. «Las garantías de independencia de Checoslovaquia no pueden entrar en juego, puesto que Praga y Berlín se han puesto de acuerdo.» No lo estaban en los días de Munich, y tampoco sirvieron las garantías. Si no sirven cuando hay acuerdo ni cuando no lo hay, ¿en qué casos servirán de algo las garantías franco británicas? «La paz—agrega monsieur Bonnet, proponiendo que se aumente el rearme—sólo puede ser mantenida por el equilibrio de fuerzas.» Y como los totalitarios aumentan las suyas sin cesar, gracias a la política de que es monsieur Bonnet secuaz fidelísimo, Inglaterra y Francia elevan sus presupuestos bélicos a cifras astronómicas, en vertiginosa carrera hacia la bancarrota: si no estalla pronto la guerra, por acumulación de insostenibles gastos improductivos; y si estalla la guerra, por fatal consecuencia de ésta.

La clave de tanta insensatez está en que las democracias, en vez de formar un bloque o frente común contra toda suerte de dictaduras—ya sean de camisa roja, negra o parda—, optaron por alentar al totalitarismo de Roma y Berlín, como valladar contra el comunismo staliniano, sin advertir que convertían un peligro en dos. No seremos nosotros, después de los días casi agónicos que hemos pasado últimamente, quienes desdeñemos la magnitud del peligro stalinista.

En todo caso, ya no es ahora España—si es que en algún momento lo fué o pudo serlo—factor de peso en la lucha entre una y otra forma de barbarie despótica. España sólo anhela hoy la paz, «su» paz, con independencia y honra, para restañar las heridas de la lucha que ajenos intereses agigantaron y encrucieron. Europa y el mundo verán a su vez si les sale a cuenta o no haber nutrido, por miedo al oso moscovita, a un monstruo cuyas fauces van engullendo pueblos, sin que parezca dispuesto a cerrarlas antes de haber devorado a sus propios criadores, domadores fracasados. (De *El Socialista*).

Besteiro en el Poder

por Eduardo OVEJERO

Con la formación del nuevo Gobierno, aparece, en la hora máxima de nuestro meridiano, una de las figuras más ecuanimes y uno de los prestigios más puros de la política española de nuestro tiempo. Julián Besteiro era una reserva y una esperanza. Apartado de la turbamulta de los codiciosos del Poder, preservado por su flema británica de las impacencias enfermizas y contemplando los acontecimientos con su limpia y penetrante mirada, el profesor de Lógica de la Universidad Central, que refinó durante muchos años la intelectualidad de la juventud española adiestrándola en la disciplina mental, base de todas las actividades humanas, esqueleto del intelecto y músculo propulsor de la ética, hoy se encuentra al frente de los destinos de España, en esta encrucijada sangrienta en la que se bifurcan los caminos de su historia.

Varias veces, en el curso de la guerra sonó su nombre, que era saludado con la aquiescencia de los prudentes y con el beneplácito de los avisados de aquende y allende la frontera.

Porque la mayor eficacia que evoca su nombre está en el carácter internacional de su figura y en el beneplácito que ha de encontrar en los extraños después de haber alcanzado la unanimidad entre los propios. Ventaja es ésta que inútilmente buscaríamos en torno, dada la penuria y soledad en que los estragos de la contienda y la acción de los años ha ido produciendo en nuestras filas.

¿De dónde procedía la calma de Besteiro, su aparente frialdad, su desinterés y gusto por el retraimiento? Pues muy sencillo. Aparte su repugnancia por la intriga, su horror instintivo por las apreturas, su natural aristocratismo que le impide confundirse con las multitudes, Besteiro es un hombre que no intriga, no le urge lo inmediato, no se circunscribe al momento presente. Siempre mira más lejos y más alto. Su visión de la realidad no puede ejercitarse cabalmente sobre un solo plano. Necesita de las tres dimensiones para que se produzca en ella la perspectiva y el relieve. Estas son virtudes dianoéticas del que sabe salir al encuentro de la razón.

Desde su encarcelamiento con motivo de la huelga general del año 1917, Besteiro no ha perdido nunca su ritmo. Vestido con la tú-

nica del presidiario, rapada su cabeza, rasuradas las negras barbas que encuadraban su rostro, nutríase de jugos filosóficos planeando tratados y registrando el inmenso follaje del «Logos»; del árbol centenario que periódicamente renueva sus ramas y añade un nuevo círculo a su corteza. Y luego volvió tranquilamente a su cátedra a lanzar el discurso cotidiano a sus discípulos, mientras que sus discursos políticos eran escasos en número. No se prodigó en la tribuna política, aunque siempre estuvo como centinela avanzado a la puerta de la Casa del Pueblo.

La misión que el destino le asigna no es muy grata por cierto; pero quizá por eso mismo le ha reservado para esta hora difícil en la que indudablemente no habría otro que le sustituyera. Igualmente la Historia reservó para las horas difíciles de Francia a un Talleyrand en el año de 1815, o a un Thiers en el año 1870. Lo cierto es que al conjuero de su nombre la situación Internacional se ha polarizado favorablemente para nosotros y nuestro pleito estaba planteado más bien allende los Pirineos que aquende.

La diplomacia ha ganado más batallas que los ejércitos, y en Besteiro tenemos sobre todo un fino diplomático, por su aguda visión, por su temperamento y sobre todo por su prestigio.

Sea cual sea el desenlace de esta aventura española que nosotros no hemos provocado, lo que se juega como última puesta en el momento supremo, es la suerte de España, no los intereses particulares de un partido, de una forma de gobierno, ni siquiera nuestros intereses individuales. Todo se funde y se cifra en el interés colectivo de la patria. Había que buscar un hombre que al estar por encima de los mezquinos intereses de partido y por su clarividencia intelectual supiera hermanar la firmeza con la prudencia, el desinterés personal con el instinto de conservación, la calma fría con el fuego del ideal, y le hemos encontrado: se llama Julián Besteiro.

NOTA DE INTERES

Esperamos de nuestros abonados se sirvan comunicarnos las deficiencias que observen en el reparto, para subsanarlas, ya que todas ellas son involuntarias.

Lepra fascista La agonía del capitalismo

La voluntad de vivir la poseen todos los seres. Por eso se resisten a perder su forma, pues, en resumidas cuentas, esto es morir. Sólo cedan las piedras a la disgregación de sus elementos cuando las obliga una fuerza mayor que la cohesión de aquéllos. Lo mismo sucede con los organismos, sean individuales o colectivos, sistemas de convivencia o ciclos históricos. El capitalismo es un ciclo histórico de vida corta. Apenas ha llenado cuatro siglos. Sin embargo, se muere de viejo. Sus achaques mortales radican en sus íntimas contradicciones, absolutamente incapaces de sacar adelante la sociedad. Hambre y sobra de mercancías; cierre de fábricas y tropel de parados; materias primeras inagotables e inactividad de máquinas y de hombres que podrían convertirse en subsistencias, son contrasentidos que denuncian los estertores de un sistema económico. Pero, repetimos, todo sistema—que es en cierto modo, un organismo—se resiste a morir. Perece «contra su voluntad», como el portugués del famoso epitafio. El capitalismo está en turno, y, antes de resignarse ante las exigencias de la muerte, echa mano de bilmas, ungüentos, bebedizos y de cuantos jarros y específicos puedan fantasear sus más preciaros economistas. Como remedio heroico ha aceptado el último invento de la farmacopea burguesa, la droga que sólo puede recetarse en los casos extremos de vida o muerte: la dictadura fascista. Sinclair ha definido al fascismo «como capitalismo más asesinato». Asesinato del hombre completo: en cuanto que es un ser individual, social, intelectual, moral, artístico, religioso, libre... No admite oposición. Persigue al talento, quema sus libros, vende la patria a trueque de conservar los privilegios más rancios e injustos. Ni reconoce amistad, ni respeta la ley, ni cumple la palabra. Sojuzga a los pueblos y elimina sin contemplaciones a quienes contraviniesen sus bárbaros procedimientos.

El fascismo es la fase postrera del capitalismo. Antes que reconocer su caducidad y ceder el puesto a otro sistema con soluciones para buena convivencia social, prefiere que el género humano se entierre con él. Se da en esto la mano con aquellos jefes de tribu que, al morir, se hacían acompañar a la tumba por su mujer, sus hijos y criados, a quienes era preciso sacrifi-

car. O con aquel leproso malvado que, lejos de tocar las tabletas para que nadie se acercase al lazareto, procuraba contagiar con sus podredumbres caedizas a cuantos mortales podía. Su perversidad se sentía satisfecha con que los demás compartiesen su horrendo mal.

El capitalismo, en su última etapa fascista no se resigna a morir plácidamente. Lévese por delante lo máspreciado de la civilización que él mismo engendró. Al niño, en vez de saturarlo de ideas de amor, de paz y, de alegría, le pone en las manos un fusil de palo, le adiestra en la servidumbre militar y le infunde sentimientos trashedos, inmorales e inhumanos. Los niños inocentes se hacen «Flechas» y «Pelayos», plagio anti-español de los «Balillas» del «duce». Suprime las juventudes de los países en guerras ofensivas e injustas. Hace tabla rasa de cuanto significa libertad, honor y bienestar individual y colectivo. ¿Y es esto lo que algunos mentecatos quisieran ver implantado en España? Sólo el servil o el aspirante a déspota pueden albergar semejante aspiración. En todo caso, el holgazán y el inepto, el resentido y el envidioso. Quien lo haya padecido no puede desearlo. Por eso decía Bahamonde que concebía fascistas en nuestra zona o en las naciones democráticas, pero de ningún modo en la otra ni en los países en que impera.

La tozudez de supervivencia que tiene el capitalismo traerá la destrucción de Europa en la guerra que se avecina. Y, a más de la ruina material y del aniquilamiento de sus hombres mozos y maduros, caducarán los más preciados frutos de esta civilización que, paso a paso, ha venido creando el propio capitalismo.

En el Café Ideal Bar

SERVICIO ESMERADÍSIMO
BERNABÉ SORIANO :::: JAÉN

¡Camaradas!

Leed y propagad
RENOVACION

Periódico de los Trabajadores, e inspirado en las sabias doctrinas de aquel gran Apóstol del socialismo, Carlos Marx.

Fernando de los Ríos, 2.-JAÉN

Intereses opuestos

Lo que une a los Gobiernos de Roma y Berlín no son los intereses ni la comunidad de raza o de cultura, harto distintas, cuando no antagónicas, sino los crímenes. Los pueblos de Italia y de Alemania pueden ser amigos, como encontrarse distanciados. En cambio, sus Gobiernos están, aparentemente, muy unidos alrededor del «Eje» establecido, según ellos, para perseguir al Comunismo.

Son los déspotas de un pueblo y del otro los que han «emparentado» por su parejo sentido de la tiranía y del exterminio de cuantos consideran adversarios. A pesar de esto...

No cometeremos la ingenuidad de suponer que ese maridaje monstruoso y agresivo pueda debilitarse por ahora. La complicidad en el crimen es también una forma de unión duradera. Uno y otro Gobierno, no obstante, asientan su colaboración sobre bases falsas, porque lo que une a los pueblos no es tanto la afinidad de régimen como la ligazón de intereses geográficos o económicos. En este orden de la riqueza, no existen entre Italia y Alemania. Las dos son países equilibrados y en quiebra. Imposible ayudarse mutuamente. Han de caer bajo el patronato económico de países prósperos, aunque políticamente les odien. De aquí la alarma justificadísima que sienten en Alemania ante un posible bloqueo de los Estados Unidos.

Y lo único que verdaderamente puede acercarlos que es su semejante imperialismo, puede también mañana tornarles en irreconciliables enemigos.

Sabido es que toda la política de agresión alemana está orientada en una expansión hacia el Este, es decir, hacia Ucrania. La absorción de Austria fué el primer paso; la de la pobre República del señor Benes, el segundo. Ya se agita un nuevo pleito de sudetes en Hungría. Sólo el pueblo ruso puede ser un serio obstáculo para la penetración en la U. R. S. S. Más frontera a Austria, a Hungría y a Ru-

mania está Yugoslavia. Y en el tablero de Hitler no sería su amistad con los antiguos serbios y montenegrinos pieza desdeñable. No han faltado intentos y viajes diplomáticos.

Pero ahora la amiga y aliada de Italia, no siempre fiel—recuerden los alemanes 1914—, procura reforzar con la visita de Ciano a Belgrado la influencia italiana en la cuenca del Danubio y los Balcanes. Y Ciano busca acercar a Yugoslavia con la Hungría amenazada, en la que los nazis atizan las discordias para dividirla y dominarla.

No se da como absoluta la noticia, pero existe la versión de que el señor Stoyadinovitch ha dicho que desea mantener buenas relaciones con Francia e Inglaterra. Y de afirma que el Gobierno yugoslavo no se ha prestado a otorgar ninguna adhesión al pacto anticomunista. Si ello es cierto, el señor Ciano ha fracasado en su intento de atraer hacia Roma la política de Belgrado. Berlín no dejará de mirar con desconfianza los manejos de su aliada. Ese fracaso nos satisface, porque no ha beneficiado a Alemania y ha acercado Yugoslavia a las democracias, cuya política combatimos y combatiremos mientras no cambie, pero que habremos de preferir al fascismo si quiera sea como mal menor.

No, nadie crea, por lo dicho, que esperemos roturas, ni siquiera debilitaciones del «Eje», al menos por ahora. Roma y Berlín siguen jugando al alimón con el miedo a la guerra de los demócratas. Pero ese viaje de Ciano a Belgrado, interfiriéndose en lo que significa ambición y plan agresivo del «Führer», puede ser un signo de que, a pesar de las criminales concomitancias que unen al fascismo europeo, cada déspota busca su imperialismo, sin detenerse ante el campo apetecido por su aliado. Porque Hitler mira también con ojos de fiebre el Alto Adigio y la Venecia Juliana, que son de Italia.

Manuel Campos Lucha

AGENCIA GENERAL DE NEGOCIOS
MARTINEZ MOLINA, 11. TELÉFONO 434.-JAÉN

Representación de Ayuntamientos. Empresas industriales. Certificados de Catastro. Licencias de caza. Cuotas militares. Asuntos de Hacienda. Matrículas de automóviles. Carnets de conductores. Expedientes Junta transportes servicios públicos de viajeros y mercancías

Pasaportes para visitar el Extranjero

RENOVACION

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Jaén, un mes. 1'00 pesetas
Fuera, trimestre . . . 3'50 »
Número suelto, 15 céntimos

CON INDEPENDENCIA Y HONOR

El bien supremo: la paz

Los acontecimientos internacionales se precipitan, complican y agravan en forma tal, que hacen muy aleatorias las previsiones mejor razonadas, a la vez que hacen posibles los sucesos computados como inverosímiles uno o dos días antes. Si fué siempre aventurado el oficio de profeta, nunca tanto como hoy. Prescindamos, pues, de augurar nada, ni siquiera a título de sencilla probabilidad. Señalemos algunos hechos, con objetividad rigurosa, y que cada lector profetice por su cuenta, si le place.

Es un hecho flagrante, no opinión ni comentario, que Alemania está acelerando el ritmo de ejecución de su plan de invasiones hacia el este y sudeste de Europa. Su objetivo visible, de momento, es asegurarse la posesión del petróleo rumano y de las primeras materias agrícolas de ese mismo país. De las de Hungría ya dispone, sin coacción, hasta donde pueda exportarlas la nación magiar, espontáneamente afecta al régimen nazi. Rumania protesta y jura que no cederá. Allá veremos.

Es un hecho, de otra parte, que las recientes agresiones alemanas son consideradas, en Londres y París como una violación descarada de lo convenido en Munich. Ni París ni Londres reconocen por válida la invasión de Checoslovaquia. Hay serios indicios de que ambas democracias están resueltas a todo, antes que consentirle a Hitler dar ni un paso más. Moscú y Washington comparten esta actitud.

Chamberlain y Daladier han reconocido explícitamente el fracaso total de su política genuflexa. Ante la violencia nazi, comprenden, por fin, que nada es eficaz sino la aplicación de la fuerza, y parece que se disponen a emplearla.

Ya no es el ingenuo idealista lord Cecil quien lo estima así, como lo proclamó hace unos días: es el realista Halifax, según consta en una información que se inserta hoy, quien reúne en su despacho a los embajadores de Estados Unidos, Francia y la U. R. S. S. con vistas a una «entente» de las cuatro potencias contra la agresividad nazi.

Ante la perspectiva pavorosa de

una conflagración mundial, han ido polarizándose—y esto es también un hecho escueto, no una opinión—dos conceptos fundamentalmente distintos del probable o conveniente reparto de fuerzas en lucha. Vaticinan los unos la guerra entre Moscú y un conglomerado de naciones alistadas, abierta o disimuladamente, en una gran cruzada mundial antibolchevique. Imaginan otros la coalición de potencias democráticas, más la totalitaria U. R. S. S. contra el enemigo común, el eje Roma-Berlín, o el triángulo Roma-Berlín-Tokio. Los hechos recientes, el bárbaro empuje nazi contra toda Europa Central, esa cínica violación de todos los compromisos, ese desdén insultante hacia la apaciguadora flema de Chamberlain, ese frenético desafío permanente a todo el orbe, amenazan inutilizar el laborioso esfuerzo de quienes suspiran por entenderse con Alemania en una gran coalición antisoviética. La vesania delirante de Hitler malogra la intención de sus mejores amigos.

Y todo ello, ¿qué le importa a España?

Mucho, ciertamente, pero no en términos que puedan modificar su voluntad de paz. No quiere prestarse a ser sucursal de intereses bolcheviques, como pretendía la insensatez criminal de quienes llegaron hasta el fratricidio en la obstinada procura de ese intento. Y no puede tomar parte activa en la supuesta cruzada mundial contra Moscú, si tal llegase a ser el deslinde de campos en la universal conflagración.

Mucho más que antifascista y que antibolchevique, con ser hondamente las dos cosas, el martirizado pueblo español es hoy fervorosamente antibélico. Lo único a que aspira, con tal de salvar independencia y honor, es al bien supremo de la paz.

JOSE JIMENEZ JEREZ - JAEN

]]]]

EL SASTRE DE LAS 4 JOTAS
Plaza de San Francisco, 7 — Jaén

Madre España

por Santiago TRONCHONI

Madre España: Tu dolorido y angustoso semblante debiera inspirar otro respeto al mundo. Lo merece. Tu historia y tu nobleza, tu alma tesonera que sobrevive a tantas desgracias y asechanzas de la crueldad y de la ambición extranjera, han sufrido demasiado. Es mucha, demasiada sangre derramada la de tus hijos. Es mucho, demasiado, el dolor del hambre sufrida. Es demasiado cruel nuestra tragedia sobre no merecerla. Querías paz y bienestar para tus hijos y te trajeron la guerra, la guerra fratricida, la guerra infame, la guerra por ambiciones extrañas. La guerra que asola tus Ciudades y riega tu sacrosuelo con la sangre generosa de tus mejores hijos. No merecías tú eso, Madre España, Santa Madre de pueblos y civilizaciones. Madre de héroes y apóstoles. Madre como ninguna, fecunda, sencilla y santa. Han asaltado tu noble hogar y después de mancillarte a ti, Madre España, han inducido al fratricidio a parte de tus hijos. Sobre la honra de tu venerable historia, sobre el sencillo y noble corazón de tus hijos, sobre la riqueza y posición geográfica de tu casa solariega, de tus agrestes y soberbias sierras, de tus tranquilos y fecundos valles han querido especular insensatos y ambiciosos extranjeros. Y se cometió un sacrilegio. Se ha mancillado tu venerable y santo nombre. Se ha traficado con tu sagrado patrimonio. Se le ha puesto a tu augusta y gloriosa historia un baldón infame. Después de destrozarte tus hijos te han arruinado, y después de arruinarte han querido envilecerte; pero no puede ser eso, Madre España; no tiene que ser; aún tienes hijos que no quieren tu envilecimiento, que te quieren libre; independiente, digna. Tú no puedes ser reducida a la servidumbre, Madre España. ¿Qué sería de nosotros, tus hijos, si lo consintiéramos?... ¡Nos llenaríamos de oprobio! ¡Mereceríamos la lastración! ¡Mereceríamos el látigo! ¿Y será posible que caigamos tan bajo que lleguemos a tal grado de envilecimiento? ¡No! ¡Nunca! Nosotros aspiramos a otra cosa y queremos ser dignos de lo que deseamos. Aspiramos a una paz dig-

EDEN REAPARECE

Liquidación por derribo

Reaparece Eden por las esferas de Gobierno. La señal no es buena para los esperanzados en la paz. El partido conservador inglés, siguiendo su tradición de bifurcarse en las situaciones difíciles, para erigirse en árbitro de dos posiciones fundamentales, alejó a Eden cuando le pareció oportuno intentar la avenencia con Italia. Recuerdese el trance: Eden, ministro de Negocios Extranjeros, probó si había modo de reducir a Italia en el problema español sin ofrecerle nada a cambio, por la mera coacción. La tentativa se frustró porque la actitud de Mussolini dejó de entrever la guerra, que no convenía a la Gran Bretaña. Salió Eden, entró lord Halifax, y se abrió paso al Acuerdo de Roma y a Munich.

Pero bien claro quedaba que Eden sería el hombre de la guerra cuando la guerra tomara cariz inevitable. Eden fué para Inglaterra, y para el mundo entero, la reserva en vísperas de la contienda mundial. Hoy reaparece Eden en la esfera del Gobierno inglés. Al trazar nosotros estas líneas, no se trata, vistos los acontecimientos desde fuera, más que de una visita a lord Halifax y de un presunto proyecto para constituir un Consejo de Estado, que ayude al ministro de Negocios Extranjeros. Pero el simple acercamiento de Eden al Gobierno constituye hoy uno de los más claros indicios para juzgar de la situación general del mundo.

Estas palabras no pretenden ser un vaticinio; nadie sabe el giro que los sucesos puedan tomar. Tratan de reflejar sólo el cambio en el estado de ánimo de la Gran Bretaña. Munich era un trance difícil, y, sin embargo, nada habría parecido más disparatado que imaginar entonces una entrevista con Eden y un proyecto de Eden rondando al Gobierno. Hoy desbaratada la orientación de Munich, Eden reaparece. Es todo un resumen de política.

na, a una paz española, a una paz reparadora y justa que devuelva a tus hijos a su afanoso trabajo, a la plácida vida de sus hogares.

¡Españoles: queremos la paz, porque la guerra no es un fin para nosotros! ¡Nosotros no queremos conquistar Imperios! ¡Sólo queremos, sólo aspiramos a la independencia de nuestra Madre España, somos capaces de todos los sacrificios, hasta el de continuar la guerra! ¡Hasta el de morir en ella! ¡Todo, todo lo merece nuestra Madre España! ¡Sepamos ser hijos! ¡Sepamos ser hijos de ella! ¡Sabremos serlo!